Eran las ocho de la mañana. ¨Hare Krishna Hare Krisna, Krisna Krisna, Hare Hare, Hare Rama, Hare Rama, Rama Rama, Hare Hare¨. Yo me encontraba inmersa en mi meditación matutina cuando, como cada dia, escuché el camión de la basura pasar por debajo de mi ventana. Venia a vaciar los contenedores del barrio. “Ya podían tener otro horario los servicios de limpieza”, pensaba yo prácticamente cada mañana, cuando levantándome de mi esterilla del suelo escuchaba el chirrido de los frenos y los secos y ruidosos sonidos del metal, enganchando las cadenas a los contenedores para asegurarse de que éstos se vaciaban, pero no se caían, junto a la basura o encima de un coche.

Con una sonrisa dulce pero cansada, Uxue, la conductora, era puntual en su labor. Después de parar el camión, se bajaba de él con energía y, sabiendo que para comer había que trabajar, tiraba con fuerza del contenedor para engancharlo a las cadenas, elevarlo y que se vaciase prácticamente por completo. Así tres veces, dos contenedores azules y uno amarillo, hasta que de nuevo se subía a la cabina y arrancaba partiendo hacia la siguiente parada.

Sé que se llamaba Uxue, porque esa mañana no conducía ella. Del camión se bajó un chico, de unos treinta años, quien le explicó al camarero del bar de debajo de mi casa, hablando en voz alta porque el motor del camión hacía mucho ruido, que Uxue ya no volvería Su marido le había acuchillado la tarde anterior y, por desgracia, había fallecido.

El joven lo contaba casi con frialdad, como si fuese una noticia más del día. Se ve que no la conocía. Y yo, la verdad, tampoco. Pero era parte de mi vida, de mi día a día. Su sonrisa rebosaba bondad y ese cansancio que yo achacaba al duro trabajo y a su horario, comprendí que, en realidad, reflejaba cansancio por su desdicha, por la realidad que estaba viviendo y la cual nunca esperó cuando de pequeña se miraba al espejo e imaginaba cómo sería su casa o cómo transcurriría su vida, cuando tuviera más arrugas en la cara, curando incansablemente a las personas que se pusieran enfermas y siendo famosa por ello. Deberían de poner una plaza en su nombre, pensé yo. En el suyo y en el de todas las mujeres que, sin desearlo, se ven envueltas en una experiencia horrible, llena de tristeza, desperdiciando sus días junto a alguien que les hace sufrir, que no las quiere y que les

roba la vida. ¡Pongamos una plaza en su nombre! y no las olvidemos nunca.